



Rafael Roncagliolo,
Marcos Robledo,
Oscar Vidarte y
Juan Gabriel Valdés
(editores)

PERÚ CHILE

Del antagonismo a la cooperación:
el camino hacia la transformación
del vínculo bilateral

CRÍTICA

Deseo ver a Chile y al Perú en posesión de lo que la naturaleza ha querido que sean: dos grandes y poderosas naciones unidas por el fuerte vínculo del interés común.

BERNARDO O'HIGGINS

Dedicamos este libro a la memoria de nuestro amigo y coeditor, Rafael Roncagliolo (q. e. p. d.). Intelectual, político y representante incomparable del Perú, sembró una semilla desde la cual volverá a nacer peruano y vivirá latinoamericano, desde México hasta Chile, donde se lo ama como a un hermano.

MARCOS ROBLEDO
JUAN GABRIEL VALDÉS
OSCAR VIDARTE
(EDITORES)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Perú y Chile

© VARIOS AUTORES, 2021

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada: Departamento de Diseño de Editorial
Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Crítica

Av. Juan de Aliaga n.º 425, of. 704, Magdalena del Mar.

Lima, Perú

WWW.PLANETADELIBROS.COM.PE

Primera edición: julio 2021

Tiraje: 700 ejemplares

ISBN: 978-612-5037-00-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100286

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2021-05960

Impreso en Aleph Impresiones

Jr. Risso 580, Lince, Lima

LIMA, PERÚ, JULIO 2021

Índice

Prólogo	9
RAFAEL RONCAGLIOLO (PERÚ), JUAN GABRIEL VALDÉS (CHILE)	
Introducción	13
MARCOS ROBLEDO (CHILE), OSCAR VIDARTE (PERÚ)	
Agradecimientos	35
El vaso medio lleno: la cooperación con Chile para la política exterior peruana en el siglo XXI	39
OSCAR VIDARTE (PERÚ)	
La transformación de la intersubjetividad como proyecto político. Los casos de Argentina-Chile y Chile-Perú	61
MARCOS ROBLEDO (CHILE)	
El juego de suma cero y el tercero en discordia: conflicto y cooperación entre vecinos	127
CRISTIÁN FUENTES (CHILE)	
Perú, Bolivia y Chile: una relación trinacional	147
MAYTE DONGO, RAFAEL RONCAGLIOLO Y OSCAR VIDARTE (PERÚ)	

Múltiples dimensiones de la agenda de seguridad entre Chile y el Perú	18I
LUCÍA DAMMERT (PERÚ) Y NICOLE AYALA (CHILE)	
Narrativas emergentes y dinámicas locales: un antídoto al neoliberalismo dominante y a la persistencia geopolítica en la relación Chile-Perú	247
GONZALO ÁLVAREZ Y CRISTIAN OVANDO (CHILE)	
Perdón o lamento: la relación con Chile en las redes sociales peruanas	28I
DANIEL PARODI (PERÚ)	
Preeminencia transfronteriza en Tarapacá y Antofagasta en el escenario de Chile como destino migratorio reciente.	307
PABLO MARDONES, MARCELA TAPIA E ISIDORA PALMA (CHILE)	
Peruanos y chilenos: exilios y acercamientos	345
SANTIAGO PEDRAGLIO (PERÚ)	
Desde el rincón: el Gobierno de Taiwán frente al Perú y Chile, 1955-1971.	38I
ANTONIO ZAPATA (PERÚ) Y ZHANG KUN (CHINA)	

Prólogo

Los textos que el lector tiene entre sus manos corresponden a un sostenido esfuerzo de comprensión mutua y cooperación de parte de peruanos y chilenos. Los anima el deseo de rescatar no solo la historia de vínculos fértiles e identidad compartida, sino también el de enmendar el quiebre provocado por la guerra y las heridas y desconfianzas que perduran hasta hoy. Los mueve, además, la confianza en un presente de acercamiento y el reconocimiento de las enormes oportunidades que abre una inserción internacional común en el nuevo mundo interconectado por el océano Pacífico.

Los ensayos que conforman este volumen tocan aspectos muy variados de la relación peruano-chilena, pero siguen caminos que desde el inicio fueron intuitivos por los más preclaros hombres de Estado de ambos países. Desde el lado chileno, fue el propio Bernardo O'Higgins quien se definió como «chileno de nacimiento..., y peruano por gratitud», y señalara ante los jefes del Ejército Restaurador del Perú que «no me es dado poderme regocijar por el triunfo del uno que sea funesto o que traiga el menoscabo del otro. Deseo, por lo tanto, más bien un arreglo en que no sea preliminar las victorias de armas que, a lo dicho, siempre son caras, aun a los victoriosos».

Hoy nuestras sociedades se encuentran unidas, quizá, como nunca lo estuvieron en el pasado siglo. Desde hace ya a lo menos

tres décadas, el comercio y la inversión acercan nuestras economías, nuestros Gobiernos dialogan incluso en sus diferencias, nuestros intelectuales y académicos estudian nuestra historia conjunta y nuestras sociedades admiran mutuamente la fuerza cultural y la belleza de nuestros paisajes.

De todo aquello, sin embargo, ha sido la inmigración peruana a Chile y el acercamiento progresivo de nuestras ciudades vecinas lo que ha generado lazos permanentes que permiten visualizar un proceso de integración y un proyecto común.

La presencia peruana en Chile da fuerza a lo que Salvador Allende dijera en forma lírica en su visita al municipio de Lima en 1971:

Esta puerta, yo lo sé, señor alcalde, está abierta para las mujeres y los hombres de Chile. Abiertas están también las amplias de mi patria, en el litoral o en la montaña, en el norte o en el sur, en las tierras, en la universidad o en la usina, para que llegue a ella el hombre del Perú, hermano de siempre.

Por sobre todo, en medio de la transformación geopolítica más extraordinaria que hayamos visto en nuestra era, nuestros países, con más de ocho mil kilómetros de costa abierta al océano Pacífico, son interlocutores necesarios del mundo asiático y las potencias que lo conforman. El espacio de acuerdos y de proyectos que se abre entre nosotros no debiera hacer dudar acerca de nuestro destino común.

Desde el lado peruano, esta trayectoria se ilustra tempranamente con el informe de José Antonio de Lavalle, titulado «Mi misión en Chile en 1879». En este documento, el emisario peruano da cuenta de sus esfuerzos por evitar la guerra en su inicio mismo, y recoge las palabras de su interlocutor y amigo chileno, Domingo Santa María: «Si la guerra estalla entre Chile y el Perú, se abriría entre ambos pueblos un abismo que tres generaciones no

alcanzarán a llenar, y la civilización del Pacífico retrocederá medio siglo, ¡qué de medio siglo!, de un siglo quizás».

En 2003, más de un siglo y tres generaciones después, Juan Miguel Bákula publica el libro *Perú: entre la realidad y la utopía. 180 años de política exterior*. Al cerrar el capítulo sobre las relaciones con Chile, escribe:

En el transcurso del nuevo tiempo, también será irreversible la urgencia de resolver obstáculos, de utilizar métodos diferentes, de poner en vigencia otros valores y, al final, de tener el coraje para adoptar decisiones tan firmes y eficientes, que signifiquen la destrucción de mitos y de vallas, al aplicar la «teoría de la inteligencia creadora» —por citar a José Antonio Marino— *en lugar de sentimientos excluyentes*.

Un paso muy importante en la comprensión de la historia y el punto de vista de Chile lo da, en 2011, la acuciosa historiadora peruana Carmen Mc Evoy, con la publicación del libro *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Mc Evoy analiza, sin prejuicios, la aspiración «civilizatoria» de Chile, análoga al «destino manifiesto» de los Estados Unidos, proyectos hoy carentes de vigencia y de sentido, pero cuya comprensión es necesaria para un mejor reconocimiento mutuo y para construir un futuro compartido sobre bases sólidas.

Juan Gabriel Valdés fue el canciller chileno que suscribió, en 1999, el acta de ejecución del Tratado de 1929. Rafael Roncagliolo fue canciller peruano durante la etapa oral del proceso de delimitación marítima ante la corte de La Haya. Somos, por lo tanto, participantes activos en la construcción del entendimiento binacional.

Nosotros, como autores de los textos que conforman este volumen, pertenecemos a generaciones que miran la realidad sin olvidar el pasado y sus traumas, pero con ojos profundamente

latinoamericanos, convencidos de que el buen entendimiento entre el Perú y Chile es una piedra angular para la siempre deseada y nunca lograda autonomía internacional de América Latina.

Lima y Santiago de Chile, julio de 2020.

RAFAEL RONCAGLIOLO

JUAN GABRIEL VALDÉS

Introducción

*Mi mano puesta en la mano chilena que me conduce
y soy peruana que busca y soy peruana que encuentra
el grato saludo amigo de una tonada hechicera
y un tibio rincón hermano al pie de una cordillera.*

*¡Ay!, te miraron mis ojos; mis ojos, ¡ay!, te miraron
y mis oídos te oyeron, ¡ay!, te oyeron mis oídos,
allí me quedé cautiva, cautiva como mi nave;
como mi nave cautiva, mi nave, nave de pena.*

CHABUCA GRANDA, «MI NAVE CAUTIVA»

El Perú y Chile son dos sociedades vecinas dotadas de una identidad compartida y de vínculos profundos. Esta identidad ha sido desarrollada a lo largo de la historia por los pueblos que han habitado sus territorios: culturas originarias diferenciadas pero vinculadas entre sí en una primera y larga etapa, y sometidas posteriormente al imperio español. Esta síntesis dio origen a una diversidad cultural de enorme riqueza. La experiencia de la independencia, una empresa que involucró vitalmente a las dos sociedades, profundizó vínculos coloniales y forjó nuevos elementos identitarios compartidos, los que continuaron desarrollándose y alcanzaron momentos importantes en la guerra contra España (1865-1866).

El siglo XIX fue un periodo en que la relación amical entre el Perú y Chile comenzó a evolucionar hacia una más compleja, cuyos

episodios definitorios fueron la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839) y, posteriormente, la guerra del Pacífico. A partir de entonces se instaló una fractura que, aunque atenuada, aún perdura. La relación chileno-peruana ha transitado durante el siglo XX y lo que va del siglo XXI por un complejo camino de gradual superación de los traumas del conflicto armado. En lo que puede considerarse una última etapa marcada por la puesta en marcha de modelos de desarrollo económico similares, a partir de la década de 1990 se inició un acercamiento que tuvo como consecuencia el aumento del comercio y las inversiones entre ambos países. Y en el siglo XXI, sobre todo luego de la suscripción en 1999 del acta de ejecución del artículo quinto del Tratado de Lima de 1929, la agenda bilateral comenzó a evidenciar un progresivo incremento de vínculos en diversos planos sociales, a incorporar una serie de temas y a exhibir una gradual convergencia en el ámbito institucional estatal, incluyendo el área de política exterior.

Esto no significa que entre el Perú y Chile no hayan existido momentos difíciles en estas últimas décadas, más aún tratándose de países con una historia común tan compleja y con una vecindad que ha tendido a la disputa de poder a nivel subregional. Probablemente, el más importante ha sido el diferendo marítimo que ambos países mantuvieron ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya entre los años 2008 y 2014.

De este modo, los avances que se han registrado y que pueden continuar en el futuro caminan de la mano de una agenda histórica. Esta, siendo legítima, no ha logrado ser resuelta, generando una rivalidad que irradia al resto de los vínculos entre ambas sociedades, lastrando e incluso subordinando los avances que puedan observarse en otras áreas.

Al comenzar la tercera década de este siglo, ambos países no han sabido superar el *statu quo* descrito en el párrafo anterior. Frente a las posibilidades de cooperación que surgen, la desconfianza continúa instalada, y el resultado es una situación de suma

cero. Más aún, no pareciera ser clara la convicción en muchos sectores en Chile y en el Perú de que la superación de dicho *statu quo* sea algo necesario, deseable o positivo. El conflicto parece haber sido naturalizado, pese a las limitaciones que ello impone al desarrollo de ambos pueblos, como a su inserción en la región, al vínculo con el Asia-Pacífico y el mundo.

La coyuntura más reciente, caracterizada por la realización de tres gabinetes binacionales desde el año 2017, no solo le ha dado una renovada vitalidad a la relación entre el Perú y Chile, sino también genera una ventana de oportunidad para comprender dicha relación en otros términos. A pesar de que el fallo de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en el año 2014, aceptado y cumplido por ambas partes, pudo significar un nuevo punto de partida para la relación, lamentablemente nuevas diferencias surgieron. Por ello, resulta fundamental aprovechar esta última etapa de la relación bilateral, acercarnos y no regresar a la incertidumbre que ambos países conocemos muy bien.

Avanzar en esa dirección será más viable si se logran desarrollar proyectos con voluntad de transformación y una visión compartida que sea sostenida en el tiempo en ambas sociedades. En Chile se pudo hacer eso con Argentina, a partir de los noventa, pero no con el Perú, y tampoco, en definitiva, con Bolivia. En el Perú se pudo hacer lo mismo con Ecuador, pero no con Chile.

Forjar una relación cualitativamente distinta —es decir, construir una nueva identidad amical de las sociedades chilena y peruana— es un proceso complejo. Requiere de bases políticas, económicas, societales y de la anuencia de la opinión pública; requiere de un movimiento sólido, capaz de enfrentar los debates más profundos, como los temores más atávicos, y de proponer un camino de salida que convenza y convoque.

Esfuerzos importantes en esa dirección se han desarrollado parcialmente en periodos recientes. Un aporte sustantivo en esta perspectiva lo han realizado académicos de ambos países, quienes

han logrado llevar adelante una agenda de investigación que ha comenzado a sentar bases epistémicas para un relacionamiento diferente. Otra experiencia importante ha sido la ejecución de algunos proyectos orientados a generar diálogos entre las sociedades civiles; algunos han sido autónomos; otros, con el patrocinio de ambos Gobiernos, e incluso con el patrocinio de Gobiernos y fundaciones internacionales. Sin embargo, pocos esfuerzos han tenido continuidad. Existe el riesgo, entonces, de que la ventana de oportunidad que constituye la etapa más reciente de relacionamiento entre ambos países —con especial énfasis en los últimos dos años, marcado por el inicio de gabinetes binacionales entre el Perú y Chile— fracase y no se logre avanzar cualitativamente de una manera superadora del actual *statu quo*.

De este modo, las comunidades al interior de ambas sociedades se encuentran ante el imperativo de continuar desarrollando propuestas que contribuyan en la construcción de un proyecto común, así como a forjar una relación cualitativamente distinta, cambiando entre ambos países la percepción de amenaza por una de sociedad o, incluso, de comunidad.

Ha sido en ese contexto, y con el ánimo de persistir en el esfuerzo amical peruano-chileno y chileno-peruano, que en el año 2018 investigadoras e investigadores de la realidad bilateral del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile, el Instituto Igualdad y la Pontificia Universidad Católica del Perú pusieron en marcha este proyecto. Luego, gracias al apoyo de la Friedrich-Ebert-Stiftung de Chile, se logró consolidar este acercamiento, que, si bien tuvo siempre un prioritario componente académico, buscó también tener impacto en la sociedad y la política exterior con la participación de políticos, diplomáticos y miembros de las fuerzas armadas tanto del Perú como de Chile.

Así, se logró reunir, primero, en Santiago de Chile en noviembre de 2018 y, luego, en Lima en octubre de 2019, a especialistas de ambos países con destacada experiencia académica, política e

intelectual, con el fin de pensar en forma crítica la relación bilateral y conversar acerca de la necesidad de construir una nueva narrativa común que promueva la cooperación entre ambas sociedades, así como también con el Asia-Pacífico y el mundo. La primera cita tuvo como principal objetivo conversar sobre el desafío que significa construir una comunidad de intereses; mientras que la reunión llevada a cabo en Lima, siguiendo lo trabajado en la cita anterior, buscó discutir sobre la posibilidad de construir una agenda común de cara a los próximos años.

A partir de dicha experiencia de intercambio y de diálogo con diferentes sectores de las sociedades del Perú y Chile, se logró desarrollar una serie de textos que reflejan los intereses del proyecto, los cuales son parte de este libro.

Asumiendo la riqueza de los vínculos entre ambas sociedades, la complejidad de la carga histórica y la rivalidad entre los dos países vecinos, y el imperativo de superarlos, este libro intenta identificar caminos que, parafraseando la idea del sociólogo chileno Jorge Larraín¹, contribuyan a la recreación de la amicalidad entre ambas «comunidades imaginadas». Con ese propósito, el texto examina tanto la profundidad de los esfuerzos que han realizado el Perú y Chile en aras de construir y desarrollar una agenda cooperativa en distintas dimensiones como los obstáculos que ese vínculo ha enfrentado y podría continuar enfrentando, y los caminos para su superación.

Por ello, considerando que tanto el Perú como Chile parecen estar comprometidos en la construcción de una relación bilateral fundada sobre bases principalmente cooperativas —esfuerzo que se ha dado en el pasado reciente con resultados diversos—, se hace necesario desde la academia y la sociedad civil respaldar este nuevo momento. Siguiendo lo señalado por el historiador francés Fernand Braudel acerca de los tiempos para el análisis de las

1 Jorge Larraín, *Identidad chilena* (Santiago de Chile: Lom, 2001).

ciencias sociales², el tiempo medio de la relación está dominado por una importante etapa de acercamiento desde la década del noventa, y el tiempo corto, por tres años muy intensos y productivos para ambos países desde 2017. Aprovechar esta ventana de oportunidad que surge en los tiempos medio y corto, haciendo énfasis en la cooperación como eje central de la relación entre el Perú y Chile, pretende ser la gran contribución del presente texto.

Incluso un contexto como el actual, determinado por las consecuencias de la COVID-19, obliga a pensar nuestra relación en otros términos. Frente a una pandemia que ha llevado a nuestros países a cerrar fronteras y paralizar el comercio, fracturando las relaciones bilaterales y generando desconfianzas, el único camino que surge para hacer frente a este tipo de situaciones que afectan la salud de la región y del mundo es la cooperación. No existe otro camino. Este libro se inserta en esa lógica.

El volumen ha sido concebido como el esfuerzo de un grupo de autoras y autores, tanto peruanas y chilenas como chilenos y peruanos, así como un investigador de la República Popular China; un grupo interdisciplinario e intergeneracional que intenta contribuir en un debate en el que se observa una larga tradición de enfoques realistas y geopolíticos, así como liberales, que tienden a naturalizar la existencia de los conflictos y las relaciones basadas en equilibrios de poder, un esfuerzo que la literatura reciente intenta cuestionar y al cual aspira a contribuir³. Robert Cox señalaba que «la teoría es siempre para alguien y para algún propósito»⁴,

2 Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza Editorial, 1970).

3 Véase Sergio González, *La llave y el candado. El conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)* (Santiago de Chile: Lom, Usach, 2008); Carmen Mc Evoy, *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011); y Sergio González y Daniel Parodi (comps.), *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruana chilena, siglos XIX y XX* (Santiago de Chile: RIL Editores, 2014).

4 Robert Cox, «Social Forces, States and World Orders. Beyond International Relations Theory», en *Neorealism and Its Critics*, ed. Robert O. Keohane (Nueva York: Columbia University Press, 1986), 207.

resumiendo de esta forma una perspectiva reflectivista, según la cual la forma de hacer ciencia también da cuenta de sistemas de conocimiento tributarios de la hegemonía cultural en las sociedades. Las historias del Perú y Chile no han sido la excepción. Este volumen incorpora ensayos de autores con perspectivas diversas, incluyendo enfoques teóricos y conceptuales distintos a los que han hegemonizado la interpretación de la relación bilateral. Los textos de este libro, por la misma razón, proponen abrir las agendas de investigación y desarrollar nuevas ontologías, relevando elementos constitutivos antes no estudiados o examinando dimensiones en las que participan actores excluidos e invisibilizados.

En el primer texto, el académico peruano **Oscar Vidarte** realiza un diagnóstico detallado sobre el interés mostrado por la política exterior peruana por mantener los lazos de cooperación con Chile a través de los diferentes gobiernos del siglo XXI, dando cuenta del avance alcanzado en la relación entre ambos Estados. Frente al énfasis que siempre se ha dado a los temas que separan a ambos países —y que siguen estando presentes en la agenda bilateral—, se pretende demostrar que la relación se ha pensado en otros términos.

En el pasado, ambos países demostraron que, a pesar de las divergencias, supieron cooperar en diferentes momentos. En la actualidad, en condiciones más favorables, también existen muestras de cooperación que merecen ser resaltadas. Así, para la diplomacia peruana, en el transcurso de los últimos veinte años, cooperar con Chile, o por lo menos, no dañar el vínculo bilateral, ha estado siempre presente. Incluso durante el diferendo marítimo ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya, contexto que podría haber afectado la relación, se generaron posibilidades para profundizar la dinámica bilateral.

Es así como, a pesar de la carga histórica, señala Vidarte, los avances recientes comienzan a alcanzar un grado de institucionalización de gran importancia, cuya principal manifestación ha

sido el establecimiento de gabinetes binacionales. De esa manera, a pesar de que la inercia del *statu quo* tiende a naturalizar la reproducción del conflicto y de los problemas que aún aparecen en la agenda común, se observa que el interés por cooperar con su par chileno es una prioridad para la política exterior peruana. Este enfoque cooperativo y el crecimiento de la densidad de los vínculos estatales reflejan una tendencia que permite observar un «vaso medio lleno», pues visibilizan los avances, especialmente desde una perspectiva histórica.

Marcos Robledo, académico y exsubsecretario de Defensa de Chile, propone examinar la relación bilateral, indagando sobre la persistencia de la desconfianza entre ambas sociedades y las dinámicas que reproducen la intersubjetividad conflictiva, o que la transforman hacia otra de carácter amical entre dos comunidades. Con ese propósito, realiza un análisis comparado de las últimas cuatro décadas del relacionamiento de Chile con Argentina y con el Perú, se interroga por qué durante el mismo periodo la sociedad chilena fue capaz de construir una coalición para transformar la intersubjetividad conflictiva con su vecino del Atlántico, pero no fue capaz de hacerlo con el de su frontera norte.

Sostiene que durante dicho periodo las coaliciones hegemónicas en Argentina y Chile convergieron iteradamente cada una con un proyecto histórico con la voluntad de cerrar sus disputas territoriales, objetivo que alcanzaron entre 1984 y 1998, lo que permitió modificar las percepciones recíprocas hasta transformarlas, permaneciendo estables hasta hoy. En el caso del Perú y Chile, la trayectoria fue distinta. Durante el mismo periodo, ambos países experimentaron su más grave crisis militarizada desde la guerra del Pacífico, entre 1974-1978, y luego, a partir de 1986, el Perú abrió la primera litis bilateral (sobre el límite marítimo) desde la firma del Tratado de 1929, la cual fue cerrada recién en el año 2014 por la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Se trató así de casi cinco décadas de una relación tensionada por las diferencias limítrofes.

Durante la última parte de dicho periodo, ambas sociedades globalizadas y neoliberalizadas desarrollaron nuevos vínculos de cooperación económicos y sociales, y avanzaron hacia una *señalización* intersubjetiva mixta, pero de una manera insuficiente para que los nuevos sectores construyeran una coalición amical hegemónica y transformadora del vínculo entre ambas sociedades. Luego de institucionalizar un régimen de acceso del Perú hacia Arica en 1999, y de concluir su delimitación marítima en 2014, los dos países se encuentran recién en la situación de Argentina y Chile en 1998, es decir, en condiciones estructurales para transformar su intersubjetividad.

La transformación de la intersubjetividad entre los Estados es, por lo tanto, contingente y posible. Pero, en el caso del Perú y Chile, dependerá de la *agencia* de los actores, incluyendo la satisfacción con el nuevo *statu quo* territorial y la voluntad de concordar sobre la reivindicación marítima de Bolivia —que ha sido y continúa siendo la principal fuente de inseguridad— y de transformar la competencia geopolítica por una de cooperación en torno al relacionamiento sudamericano con el Asia Pacífico y el mundo.

La importancia central de Bolivia en la relación entre el Perú y Chile es abordada de manera extensa en los siguientes dos capítulos. El artículo del académico chileno **Cristián Fuentes** busca superar el problema de la mediterraneidad boliviana, desde un enfoque que incorpora la participación conjunta de los tres países implicados. Fuentes aborda la etapa entre el Perú, Chile y Bolivia luego de que la Corte Internacional de Justicia trazara un límite marítimo peruano-chileno distinto y rechazara la demanda boliviana acerca de la supuesta obligación de Chile de negociar una salida soberana al océano Pacífico. Advierte que, contra lo que pudiese indicar el *statu quo* generado a partir de 2018, la aspiración boliviana permanece sin solución, así como la pertenencia del «triángulo terrestre» formado en el deslinde entre Arica y Tacna. Tales conflictos aparecen de manera recurrente porque son parte de una estructura de vinculación que hasta ahora ha privilegiado

el juego de suma cero y la exclusión de uno de los actores, dependiendo del escenario bilateral en el que participen. Por ello, añade, superar esta situación requiere de un contexto diferente, donde se invierta la polaridad negativa en un juego de suma variable y el tercero en discordia se transforme en un factor que aporte significativamente al beneficio de todos. Fuentes recupera la idea del «Altiplano marítimo» como una perspectiva de «complementariedad trasfronteriza», que muestra la convergencia de las dinámicas de desarrollo pertenecientes a zonas contiguas y que permitiría superar el actual juego de suma cero. Asimismo, otorga especial importancia a la transformación de dichos territorios en sujetos de un proyecto político y en el desarrollo de su gobernanza, mediante una relación virtuosa entre integración, democracia, descentralización y empoderamiento local.

La necesidad de superar la dinámica bilateral mediante un enfoque trinacional también es abordado por los académicos peruanos **Mayte Dongo, Oscar Vidarte** y, además, por el exministro de Relaciones Exteriores del Perú **Rafael Roncagliolo**. Los autores y la autora proponen un enfoque basado en el concepto de «triángulos de crecimiento», desarrollado a partir de la experiencia asiática sobre la integración de áreas fronterizas cercanas que se encuentran bajo soberanías de distintos países, con recursos diferenciados y con el objetivo de explotar al máximo las ventajas con que cuentan. A partir de dicha experiencia, proponen la articulación de los intereses que surgen entre el Perú, Bolivia y Chile, desde una perspectiva trinacional en el contexto de transformación de la estructura del sistema internacional y la importancia que tiene la emergencia del Asia Pacífico y China para América del Sur, como en una superación de la tradicional perspectiva bilateral que ha predominado en los vínculos entre los tres Estados. Plantean una agenda que busca ir más allá de los temas tratados ya en la cooperación, y concentrarse en los asuntos que se desprenden de los cambios en el actual orden internacional. En este marco, se

considera el tipo de inserción de nuestros países en el comercio mundial. Se plantea que el Perú, Bolivia y Chile, pese a sus diferencias políticas y económicas, comparten un mismo momento mundial de cambio en la distribución de poder, y un proceso de reprimarización, procesos que no solo determinan nuestra inserción económica en el mercado mundial, sino también el tipo de inserción externa. Es decir, el lugar que podemos tener en el mundo. En esa línea, aparece una posible agenda de cooperación trilateral al compartir nuestros países no solo intereses comunes, sino, además, situaciones similares en términos de inserción económica. Existen coincidencias entre el Perú, Bolivia y Chile —señalan— que exigen un plan concertado de inserción exterior, incluyendo un régimen especial de soberanía diferenciada⁵, que en Arica contuviera en cierta medida al Perú y Bolivia junto a Chile, lo que podría ayudar a superar las divergencias históricas, en un sentido o visión de gobernanza territorial postwestfaliana.

Lucía Dammert, académica peruano-chilena, y **Nicole Ayala**, de Chile, desarrollan un exhaustivo análisis de la expansión, complejidad y profundidad que se ha alcanzado en la última etapa de la relación bilateral de la agenda de cooperación entre el Perú y Chile en el ámbito de la seguridad, en términos tradicionales, como frente a las nuevas amenazas a la seguridad. Dammert y Ayala advierten que la zona de frontera ha experimentado un explosivo incremento de los intercambios entre ambas sociedades, así como un proceso de «superposición de agendas de seguridad» en prácticamente todos los espacios fronterizos. Allí se han instalado prioridades de colaboración vinculadas a las nuevas amenazas, que muchas veces se yuxtaponen con las dificultades o conflictos tradicionales vinculados a reclamos territoriales. Señalan que el

5 Robert Brockmann, «Bolivia, Chile (Perú) y el mar: entre la obsesión y la indiferencia», en *Cuadrar el círculo: las propuestas de solución al conflicto entre Chile y Bolivia*, ed. Sergio Molina (Santiago de Chile: Lom, 2014), 79-93.

desarrollo de dicha cooperación no ha sido un proceso exento de dificultades derivadas de la agenda histórica, a pesar de lo cual se ha expandido, desde la tradicional cooperación policial fronteriza y antidrogas, hacia nuevos ámbitos transnacionales. Estos incluyen una creciente cooperación en torno a los problemas de lavado de activos e inteligencia financiera, al contrabando, la trata y tráfico de personas (incluyendo el tráfico ilícito de migrantes), a los desastres naturales, además de nuevas modalidades de cooperación policial judicial.

A continuación, los investigadores chilenos **Gonzalo Álvarez** y **Cristian Ovando** abordan el estudio de las ideas y prácticas que confluyen en las relaciones contemporáneas entre el Perú y Chile, las cuales tienden a generar tantos puntos de convergencia como de divergencia, lo que resulta en una relación bilateral intermitente. Una de estas es la dimensión neoliberal, que ha contribuido a generar un acercamiento entre ambos países a partir del intercambio económico y la búsqueda de la institucionalización de la cooperación, pero que no ha sido suficiente para la consolidación de la relación. Una segunda dimensión estaría denotada por la persistencia de una visión geopolítica tradicional bajo un contexto renovado, que tiende a producir distancia entre ambos países a partir de percepciones negativas y de la concentración en factores territoriales como elementos conflictivos. Adicionalmente, existe una coexistencia entre neoliberalismo y geopolítica que ha resultado en un relacionamiento competitivo entre ambos países.

No obstante, Álvarez y Ovando también identifican narrativas emergentes y dinámicas locales que desafían las prácticas egoístas dominantes y que se vislumbran como perspectivas de cambio para la reconstrucción de la identidad amical entre el Perú y Chile. De acuerdo con ambos autores, los testimonios de actores locales, ariqueños y tacneños, en el contexto de las consecuencias del fallo de La Haya, dejan en evidencia otra forma de comprender el territorio fronterizo y la comunidad que lo habita. Invocan el esencial

trato diario para la vida de centenares de miles de personas que se desenvuelven en los contornos del borde, donde se expresan narrativas centradas en la complementariedad económica y cultural entre los habitantes de ambas ciudades.

Se trata de narrativas que evidencian valores contradictorios entre lo que expresan los actores locales y las autoridades de sus respectivos Estados, y que reivindican la convivencia pacífica entre ambas ciudades, obviando las miradas nacionalistas, como las inspiradas en el interés nacional y la integridad territorial. Estas demandas regionales van dirigidas hacia las capitales y se asocian a un sentimiento histórico de relegación y abandono de parte de las autoridades centrales; puesto que, aunque las regiones de Tacna y Arica Parinacota encuentren receptividad sobre su aislamiento o condiciones de subsistencia, los respectivos Estados no han logrado resolver estos lastres, lo cual ha propiciado el surgimiento de una identidad común en torno a estas demandas.

Álvarez y Ovando concluyen señalando que ese tipo de relacionamiento revela una visión distinta de la tradicional actividad política-diplomática que han sostenido históricamente autoridades de Lima y de Santiago. Sin embargo, esta visión distinta ha sido históricamente invisibilizada y considerada como de «baja política». Álvarez y Ovando evidencian que, un siglo después de la traumática experiencia del periodo de la postguerra, iniciado en 1883, y que incluyó el duro proceso de chilenización de Arica, hasta llegar al Tratado de Lima de 1929, dichas prácticas y narrativas postergadas, en la que no destacan gobiernos ni ministerios de relaciones exteriores, dan cuenta de que los múltiples actores tacno-ariqueños han reconstituido y recreado sus vínculos sociales, comparten un espacio transfronterizo y son relevantes para la constitución de relaciones entre el Perú y Chile.

El historiador peruano **Daniel Parodi** se interroga también acerca de la persistencia de la desconfianza entre ambas sociedades, pero lo hace abordando un ámbito poco estudiado del

relacionamiento peruano-chileno: el del tratamiento de la relación con Chile en las redes sociales peruanas. El autor las examina como una invaluable fuente primaria que ofrece al historiador la posibilidad de conocer los imaginarios históricos que produce, recrea y discute una sociedad determinada. Eligiendo comentarios en un muro de un forista habitual que aglutina en pocas palabras varios imaginarios peruanos —que no solo refieren la guerra del Pacífico, sino la relación peruano-chilena del presente—, el autor ofrece un esbozo de respuesta cuyo objetivo es presentar una fórmula de diálogo entre los foristas de las redes y los historiadores para desactivar, hasta donde resulte posible, una rivalidad que está instalada en la subjetividad de nuestras sociedades.

En el primero de estos comentarios discute la viabilidad de una solicitud de perdón de Chile al Perú por la guerra del Pacífico, idea instalada hasta hoy en muchos peruanos. Así, Parodi sostiene que no se trata de que un país, en este caso Chile, asuma toda la carga de la culpa sobre el conflicto, mas sí que muestre empatía con la manera cómo lo vivenció su vecino y antiguo antagonista. Este «lamento por el daño» puede resultar muy significativo y sanador para la sociedad peruana, y puede constituirse en el eje central desde el cual resignificar la enseñanza de la guerra del Pacífico. En el marco de una política de reconciliación, añade, el lamento por el daño de Chile al Perú debe venir acompañado por la aceptación —también solemne y sincera— de dicho lamento por parte del Perú; así como, por ejemplo, por el reconocimiento al apoyo de Chile al Perú, tanto durante la guerra de Independencia (1820-1824) como durante la guerra contra España (1864-1866).

Luego, otro comentario trata de la devolución de bienes culturales sustraídos del Perú durante la guerra del Pacífico. Parodi discute la postura maximalista de hundir el monitor Huáscar, como sostiene un sector de la opinión pública del Perú, basada en la última voluntad de los contendientes peruanos en el combate

naval de Angamos. Indica que, en la medida en que sea implementada una política binacional oficial de reconciliación peruano-chilena, podrá conversarse y acordarse otras devoluciones, con el valor agregado de que estas se generarán y visualizarán en el marco de un esfuerzo compartido del que ambas sociedades podrían informarse y participar. Respecto del monitor Huáscar, propone convertirlo en el primer museo binacional de la guerra del Pacífico, manteniendo la propiedad chilena del navío. Ya que de lo que se trata es de generar un importante impacto simbólico, que se lograría si fuese posible que una guardia de honor compuesta por marineros del Perú y de Chile cumpliera la labor de cuidado y guía de visitas del público visitante, mientras que en el mástil del monitor flamearían las banderas de los dos países. Parodi pone el ejemplo de Francia y Alemania, que conmemoraron juntos el fin de la Primera Guerra Mundial e inauguraron un museo binacional conmemorativo de dicho conflicto bélico, e implementaron circuitos turísticos de visita a los sitios de sus principales batallas. Mediante iniciativas como esas, Parodi sugiere un camino para superar hechos dolorosos mediante su resignificación, obteniendo de estos lecciones que permitan garantizar un futuro de paz y cooperación.

En tercer lugar, analiza el anhelo, también maximalista, de recuperar para el Perú el puerto de Arica; además, discute el litigio y posterior fallo de la Corte de La Haya (2008-2014), y confronta posiciones que ponen en duda su legitimidad. Parodi sostiene que, tras los acuerdos de 1999 y la sentencia de 2014, no existe ninguna controversia territorial ni cuestión fronteriza con el país vecino, pues ambas han sido resueltas entre las partes a través de convenios vigentes. Las relaciones peruano-chilenas, concluye el historiador, atraviesan por un excelente momento. La realización de gabinetes binacionales anuales ha generado un espacio de diálogo y coordinación que potencia la integración a través de una serie de acuerdos bilaterales que paulatinamente se están ejecutando.

Al mismo tiempo, las inversiones recíprocas, el posicionamiento y la estupenda acogida de los migrantes peruanos en Chile, principalmente en Santiago, así como la integración sociocomercial de las provincias fronterizas de Tacna y Arica, son elementos que emiten nuevas imágenes de la relación con el vecino.

En el siguiente capítulo, basados en una revisión de los antecedentes censales disponibles desde 1884 hasta la fecha, el investigador **Pablo Mardones Charlone** y las investigadoras chilenas **Marcela Tapia Ladino** e **Isidora Palma González** proporcionan evidencia que permite reconsiderar los estereotipos predominantes sobre la importancia de la población migrante en el Norte Grande chileno (Arica-Parinacota, Tarapacá y Antofagasta), llamando la atención sobre la profundidad histórica del fenómeno en ese territorio, y proponiendo así una visión más comprensiva de las migraciones en Chile y del lugar que ocupa esa macrorregión en el contexto nacional. Los investigadores señalan que dicho territorio es un espacio que históricamente ha contado con la mayor proporción de extranjeros respecto de las demás regiones chilenas y del país en general; asimismo, afirman que constituye un lugar de permanente circulación y frontera, en el cual las negociaciones de sentidos de pertenencia, así como de relaciones interétnicas y transfronterizas, han sido continuas.

Mediante una metodología de análisis censal y revisión bibliográfica, Mardones, Tapia y Palma identifican tres periodos desde una perspectiva migratoria, de movilidad transfronteriza y circulatoria histórica y presente: la anexión de Arica y Tarapacá post guerra del Pacífico hasta el fin del ciclo salitrero (1884-1929), el declive migratorio hasta fines de la dictadura de Pinochet (1930-1990), y la aceleración y diversificación de la migración en Chile y consolidación del Norte Grande como espacio de atracción migratoria (1991-2019). Durante esa última etapa, Chile se convirtió en destino relevante de migración internacional, transformándose en uno de los países con mayor aumento inmigratorio en

América Latina y el Caribe. Esto generó un conjunto de sentidos comunes sobre la migración en Chile, incluyendo la idea de que el país estaba recibiendo una «nueva migración peruana», lo que cuestionan los autores. Para ellos, lo que ha ocurrido es, por el contrario, un proceso de invisibilización de la migración histórica y actual en el extremo norte del país.

Basados en los datos censales, Mardones, Tapia y Palma revelan que, luego de un prolongado periodo de disminución de la proporción de migrantes respecto de la población entre 1930 y 1990, a partir del censo de 2002 hasta el de 2017, los extranjeros casi se cuadruplicaron en Chile, pasando de 1.2 % a 4.35 %, el máximo porcentaje desde el censo de 1907, cuando alcanzó un 4.2 %.

En el Norte Grande, los porcentajes se elevan considerablemente. En 2017 estas regiones vuelven a los dos dígitos, consolidando su hegemonía inmigratoria en términos porcentuales a nivel nacional: Tarapacá con 13.7 %, Antofagasta con 11 % y Arica y Parinacota con 8.2 %. De esa manera, el Norte Grande representa un territorio donde históricamente han confluído diversas nacionalidades e identidades etnoraciales, y en el cual la negociación de sentidos de pertenencia, así como de fronteras simbólicas, ha sido permanente. Dichos procesos desafían el imaginario hegemónico centralista que ha pensado a Chile como una nación homogéneamente «blanca», que desde la guerra del Pacífico ha leído a esta macrorregión desde una perspectiva invisibilizante, y que ha extranjerizado a sus habitantes por estar alejados del centro.

Además de este aumento en la proporción de extranjeros, el Norte Grande presenta un significativo aumento en la circulación transfronteriza, que no implica necesariamente una radicación definitiva en el territorio, consolidando al paso fronterizo Chacalluta de Chile y el Perú como la principal puerta terrestre de entrada al país. La alta interacción que se observa en el norte de Chile invita a avanzar hacia modelos que permitan captar estos

flujos fronterizos para comprender no solo los movimientos, sino el lugar que ocupa la frontera en los cruces. Ello permitirá dejar de comprender la movilidad y las migraciones de manera dicotómica y bidireccional, y avanzar hacia una comprensión amplia y compleja de estas regiones transfronterizas.

Santiago Pedraglio también analiza la circulación transfronteriza, pero lo hace desde la perspectiva histórica del exilio de peruanos en Chile y de chilenos en el Perú, dando cuenta de la profundidad del relacionamiento alcanzado en las distintas etapas de la historia binacional. Comenzando por el vínculo de Bernardo O'Higgins con Torre Tagle y su exilio final en Lima, Pedraglio reconstituye la importancia de los vínculos entre liberales y conservadores de ambas sociedades durante el siglo XIX. Toma, por ejemplo, el apoyo del influyente ministro chileno Diego Portales a los conservadores peruanos exiliados en Chile, incluido Agustín Gamarra, quien terminaría siendo presidente del Perú; así como los intentos de O'Higgins por frenar la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, incluyendo sus arremetidas contra Portales —que para él encarnaba el rostro más agresivo del conflicto—, un intento de tratado de paz; y una mediación ante el intendente de Concepción, Manuel Bulnes, entonces a la cabeza del ejército chileno, y Andrés de Santa Cruz.

Pedraglio examina también el exilio del joven liberal chileno Francisco Bilbao en Lima, quien realizó infructuosas gestiones para detener la guerra en 1879; analiza también la imagen del historiador Benjamín Vicuña Mackenna, de prolífica producción historiográfica, incluyendo su libro *La revolución de la independencia del Perú*, en el que el chileno deja constancia de los esfuerzos independentistas de los peruanos previos a la llegada de la expedición libertadora liderada por José de San Martín. En Chile debieron exiliarse también destacados peruanos, como Ricardo Palma, entre 1860 y 1862, a consecuencia de su protagonismo en la sublevación liberal de 1860 contra el presidente Castilla; así como

Nicolás de Piérola, dos veces presidente del Perú, quien organizó cuatro conspiraciones desde Chile. Aunque Castilla fracasaría en 1874, 1876 y 1877, la de 1894, iniciada desde Iquique, concluyó con su victoria y su gobierno, que duraría entre 1895 y 1899.

Durante la década de 1920, añade Pedraglio, la represión del Gobierno contra la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile hizo que muchos estudiantes de ese país llegasen a las universidades peruanas para continuar sus estudios, donde consolidaron vínculos que ya desarrollaban con los entonces jóvenes dirigentes del APRA, fundado en 1924. Poco tiempo después, el paso de los peruanos por ese país resultó forzoso durante el régimen de Luis Miguel Sánchez Cerro (1931-1933) y Óscar Benavides (1933-1939). Los peruanos exiliados en Chile se calculaban entre 300 y 400 en aquella década, incluyendo destacadas figuras como Manuel Seoane y Américo Pérez-Treviño, además del mismo Luis Alberto Sánchez y del escritor Ciro Alegría. Estos terminarían por autoidentificarse como la generación Ercilla, en alusión a la editorial chilena que los acogió y publicó decenas de sus libros, incluyendo la primera novela de Alegría, *La serpiente de oro*, que ganó un concurso de la editorial Nascimento (1935), y *El antiimperialismo y el APRA* (1936) de Víctor Raúl Haya de la Torre.

Pedraglio aborda también los vínculos estudiantiles de los años sesenta, así como la importancia que tuvo el exilio de chilenos en el Perú después del golpe de Estado de 1973 en Chile, y se pregunta sobre las huellas que han dejado los exiliados políticos peruanos en Chile y los chilenos en el Perú. Quizás el plus haya sido la posibilidad de conocerse un poco más. Esto es adentrarse en la forma de vivir y sentir de los que acogen; romper o afianzar prejuicios y desconfianzas propios de una vecindad controversial, marcada por la colaboración y por el conflicto soterrado o abierto —la guerra del Pacífico, especialmente.

En el último capítulo, los historiadores **Antonio Zapata** y **Zhang Kun** contribuyen con una investigación que visibiliza uno

de los aspectos menos explorados del vínculo chileno-peruano: el nacimiento del relacionamiento político con la República Popular China por parte de cada uno de los dos países, visto a través de los ojos de las embajadas de Taiwán en Lima y en Santiago. Se trata de una dimensión de evidente relevancia, tanto por la importancia de la población de origen chino en cada uno de los dos países desde el siglo XIX, como por la impronta del pensamiento maoísta en la historia reciente del Perú, además de la importancia presente y futura del vínculo de ambos países con China.

Basándose en los archivos recientemente desclasificados de las embajadas de Taiwán en ambos países latinoamericanos, Zapata y Zhang presentan la política exterior del gobierno de Taiwán, China, en relación con el Perú y Chile durante quince años, desde mediados de la década de 1950 hasta los tempranos años de la década de 1970. Durante este periodo, Latinoamérica inició la ruptura de relaciones diplomáticas con Taiwán, seguida por el establecimiento de relaciones con la República Popular China. Ese proceso comenzó por Cuba en 1960, y luego de una década, fue seguida precisamente por Chile y al año siguiente por el Perú, antes de continuar por el resto de la región. Estos dos países latinoamericanos fueron claves en su momento porque gracias a ellos la República Popular China finalmente obtuvo mayoría en la Asamblea General de las Naciones Unidas, desplazando a Taiwán, para ser admitida como miembro pleno, incluyendo su pertenencia en el Consejo de Seguridad.

Los capítulos muestran, de esa manera, en su conjunto, la persistencia y la renovación de un vínculo social entre el Perú y Chile, cuyo alcance y profundidad ha vuelto a extenderse más allá de lo transfronterizo, y que ha vuelto a ser tan complejo, rico y profundo como lo era durante el siglo XIX, la Colonia y el periodo prehispánico, y que ha sido en gran medida invisibilizado por las agendas estatales. El presente volumen intenta dar cuenta,

asimismo, de cómo la historia del conflicto entre los Estados — muchas veces vista desde las comunidades transfronterizas como entre las capitales— también ha adquirido una nueva dinámica, y de que el relacionamiento interestatal y la interdependencia económica de este nuevo periodo histórico han conseguido una densidad sin precedentes a nivel bilateral en la etapa moderna. Lo que está por verse es si, a partir de esa nueva realidad, la complejidad de la dinámica política de ambas sociedades da paso a proyectos históricos de transformación, reencuentro y reconstitución del tejido amical que alguna vez vinculó al Perú y a Chile. Este libro aspira a contribuir con esa perspectiva.